

Fresa y chocolate

Cuba es el país de los eufemismos. Los nombres para designar una época, los apodos ingeniosos, las consignas deconstruidas y reinventadas por el doble sentido del humor cubano, son las armas secretas para burlarnos del sufrimiento secular. Quizás esa sea la lección mayor de Cuba: a pesar de todo —la historia, la separación, la pobreza, la salación—, no hay que dejar de reír.

Si no hubiera sido por la risa y el empeño de no dejarse arrastrar por la desesperación, nadie hubiera sobrevivido a la crisis de los 90, denominada —y hay que reconocerle la maestría humorística al que inventó el eufemismo— Período Especial.

La vida sometida al racionamiento, la caída suicida de nuestra dependiente economía, la orfandad —o la viudez, si se quiere usar el enamoramiento soviético como metáfora—, en la que nos dejaba el comunismo europeo, el deterioro dramático de valores elementales, el retorno a la religión como anestesia. Este era el pan cotidiano de los 90, la época en que mi generación vio la luz: en medio del hambre y el desamparo político, nacimos los nietos de la revolución.

El arte cubano, a menudo cáustico y siempre agudo, ofreció sus interpretaciones. Tomás Gutiérrez Alea se encontraba ya enfermo con el cáncer que acabaría con su vida y esa circunstancia lo obligó a rodar sus filmes en codirección. No obstante, el tándem integrado por Titón y Juan Carlos Tabío iba a dar al cine cubano su película más

Por XAVIER CARBONELL



reconocida en el extranjero: *Fresa y chocolate* (1993). El filme retornaba a la reflexión sobre el intelectual como cubano de conciencia inusual, que entiende y descifra el destino de la isla.

Era un tema clásico en Titón. Diego —un escritor homosexual, vigilado por el sistema, hereje en todos los sentidos—, debe enfrentar dilemas similares a los de Sergio en *Memorias del subdesarrollo*. Y, justo cuando el filo de esas navajas se vuelve más arduo, aparece David. Joven, entregado con fidelidad casi conmovedora a la Revolución que le ha dado todo, hijo de campesinos —de guajiros, diríamos aquí—, el encuentro entre ellos tiene consecuencias *cataclísmicas* en la afectividad de ambos.

Desde luego, para Diego el muchacho es una pieza de caza, ingenuo y puro. Pero al invitarlo a La Guarida (como el intelectual llama a su casa), la vanidad de la cacería se disipa y Diego empieza a reconocer en David la utopía que aún no se sabe traicionada. La utopía del hombre nuevo, en quien —como dice el cuento de Senel Paz en el que está basada la

película—, él había puesto alguna vez sus esperanzas, aquel a quien él podía «brindarle té y conversar; ca-
rajo, conversar» y no una burla de la propaganda estalinista. Crece entre ellos una amistad bella y sincera, que inmortalizaron los actores Jorge Perugorria y Vladimir Cruz, completados por Mirta Ibarra, esposa de Titón.

Pero la Isla siempre pasa factura y, como de costumbre, todo gozo se convierte en salación.

Diego es obligado a marcharse del país, a cortar las raíces que para él significan tanto. Porque irse de Cuba «tiene entre nosotros una connotación terrible. Quiere decir que abandonas el país para siempre, que te borras de su memoria y lo borras de la tuya, y que, lo quieras o no, asumes la condición de traidor».

La historia no tranquiliza ni absuelve a nadie: sin otra opción, Diego debe exiliarse. Y Titón, el gran maestro cubano de la luz y el tiempo, entraría tres años más tarde a ese otro exilio, más duradero, que es la muerte. Asediado por la asfixia del agua por todas partes, el poeta Virgilio Piñera había escrito una especie de epitafio para cualquier intelectual cubano: «Hemos vivido en una Isla, quizá no como quisimos, pero como pudimos. Aun así derribamos algunos templos».



La colección de artículos *Cuba en siete filmes*, publicada a inicios de 2020 por SIGNIS, recibió el Premio Paco Rabal de Periodismo Cultural en Madrid, España, en la Categoría de «Joven Promesa».